

ASTELEHENA

IDOIA ESTORNES

La voz



REAPARECE Mikel Laboa? A esta pregunta sólo se puede contestar con otra: ¿desapareció alguna vez Mikel Laboa, se lo llevó un remolino de ese viento sur que, dicen las viejas consejas, enloquece a las mujeres, o quedó prendido de un girón de niebla bidasotarra, esperando a ver pasar el cadáver del tiempo finito, antes de descolgarse de él y seguir siendo «la voz» de este país, «la voz» por excelencia? Curioso fenómeno Mikel Laboa. Hay una tradición medieval europea que atribuye a un rui-señor el don de detener el paso de las horas. Esto ocurrió, concretamente aquí, con un monje llamado Virila que, prendado en

plena floresta, por el trino del maravilloso pájaro, permaneció 300 años, inmóvil, escuchándolo, mientras a su alrededor cambiaba todo: su monasterio, las dinastías reinantes, los papados, el lenguaje humano, las generaciones enteras.

Hemos escuchado a Laboa otra vez y, sin embargo, no hemos vuelto a los 60.

Ni a Yupanqui, ni a Labegue-

rie, ni a los Setge Judtges, ni al grupo rompedor que bautizara Oteiza con el nombre de un conjuro, es como si su voz —ese caudal de belleza desnuda— nos atravesara como una memoria arcaica desde siempre haciendo aflorar eras desconocidas. O como si, con terrible dulzura iconoclasta, destrozara nuestra comodonería estética para indicarnos que hay muchos otros

mundos dentro de uno solo.

¿Es, verdaderamente, este país como lo refleja Laboa? ¿Se trata de un mito más, construido, deconstruido y rehecho, como todos los mitos? ¿Tiene eso alguna importancia? Lo cierto es que en esta desquiciada heptarquía el quehacer poético no está demasiado bien visto.

Y que, pese a ello, este donostiarra, afable y algo tímido, no sólo resulta ser el más conocido —que no el más reconocido— de nuestros vates modernos sino, además, el más apreciado por la juventud y el que ha conseguido hechizar a más generaciones hasta el momento. Una verdadera hazaña.

EL MUNDO - 26-2-96